

Nelly Richard

Derivaciones periféricas en torno a lo intersticial

Lo local como defensa reactiva o pliegue táctico

¿QUÉ VALOR de inscripción asignarle a lo “local” en un paisaje transfronterizo de signos globalizados; un paisaje que ha reemplazado los símbolos fieles del arraigo y la pertenencia por la velocidad mutante de la desterritorialización?

Lo local puede expresarse como temor reactivo frente a la disolución de los grandes relatos de la duración, la estabilidad y la coherencia que protegían con sus límites de separación nacionala las identidades y las tradiciones homogéneas de antes con sus límites de separación nacional. Lo local —como respuesta defensiva frente a la amenaza globalista de la borradura de todas las fronteras— se convierte así en el refugio nostálgico de la pureza de una cultura originaria que debería aislarse de las contaminaciones de signos exacerbados por los tráficos de la globalización capitalista. Otra forma de entender lo local lo plantea Arjun Appadurai, ya no como la derivación natural de una territorialidad de origen, sino como una “diferencia situada”: ¹ una diferencia cuya localización táctica interviene en las geografías de poderes (en los mapas de las instituciones y los circuitos metropolitanos que fijan y administran de forma centralizada el valor de la diversidad cultural), desplazando significados entre lo *globalizante* (las cadenas de signos asimiladas a la red-mundo) y lo *micro-diferenciado* (los pliegues y estratificaciones de zonas irregulares y hablas disímiles).

Las prácticas latinoamericanas de intervención artística y cultural se hacen locales en el mapa de lo global, al rescatar las texturas de experiencia histórico-sociales de su *especificidad de contexto(s)*. Pero deben poner atención en los bordes y las fronteras, en lo entrecortado de sus zonas de contacto con el exterior más que en el interior de sus líneas continuas, para que las fuerzas culturales de lo local se diseminen a través de roces y fricciones de superficies en lugar de sustancializarse en la identidad-propiedad del “ser latinoamericano”. “Sur” sería aquel vector de *intersección* y *descentramiento* que impide que una localidad (continente, territorio o región; campo o institución) coincida realísticamente con los trazos unificadores de su composición de lugar, aunque este lugar se llame “periferia”. “Sur” es un lugar *entre*, que exhibe sus marcas de formación latinoamericana y de pertenencia histórico-cultural pero que, al mismo tiempo, genera descalces para que lo bifurcado y lo desviante de sus escenas sub-locales, se zafen de los relatos de integración plena a una macro-referencia continental.

Hibridez y traducción culturales

La globalización intercultural tiene a la hibridez como palabra-código para designar la mezcla y el reciclaje de fragmentos de culturas e identidades que circulan, “translocalizadamente”, por las redes simbólicas y comunicativas de la economía globalizada.

El concepto de “hibridez”² surgió para caracterizar la experiencia “disjunta” de una cultura latinoamericana atravesada por procesos de incrustación, superposición y desensamblaje de materiales que hacen chocar los signos de identidad y de pertenencia continentales (tradiciones autóctonas y memorias de la colonización) con la velocidad de desarraigo de los flujos metropolitanos del capitalismo transnacional. El beneficio teórico del concepto de “hibridez” radica, primeramente, en su efecto desustancializador, ya que sirve para abrir los rígidos binarismos de antes (modernidad/tradición, cosmopolitismo/regionalismo, desarrollo/subdesarrollo, Primer mundo/Tercer mundo, etc.) a la fluidez de nuevos sistemas de préstamos interculturales entre identidades fragmentadas y móviles. El concepto de “hibridez” insiste —antiencialistamente— en que las identidades son el resultado contingente de prácticas articularias que se hacen y se deshacen mediante transacciones de signos entre repertorios culturales discontinuos.

La relación entre globalización e hibridez pasa por la problemática de la “traducción” cultural. Ésta es el juego de desinscripciones y

reinscripciones de significados que son trasladados de una cadena de signos a otra, de una matriz de cultura e identidad a otra, mediante procesos de conversión de lenguajes.

La verticalidad del eje Norte/ Sur supone que la jerarquía del centro condena la periferia a los efectos miméticos de una recepción pasiva. Sin embargo, los procesos de traducción cultural siempre generan desconexiones violentas entre, por un lado, la matriz de asignación hegemónica del sentido y, por el otro, la materialidad específica de los contextos locales que se rebelan contra la univocidad de su captura homogeneizante en el lenguaje de referencia metropolitano. Estas desconexiones violentas entre lo global y lo local testimonian la potencialidad rebelde del *in situ* que rechaza la conversión uniforme de sus signos al sistema hegemónico de traslación del valor cultural. Y desata luchas de significación, de identificación y de apropiación que movilizan los significados antagónicos de los textos de la cultura en contra de la autoridad del centro, la cual pretendía monopolizar el privilegio de lo fundante, lo original y lo verdadero.

James Clifford llama “traducción imperfecta”³ a aquella que experimenta con la capacidad irruptiva y disruptiva de los materiales a traducir. El ritmo “Sur” debería llenar los textos culturales de la periferia latinoamericana de asperezas y disonancia, para que alguna huella refractaria —negatividad, excedente, residuo, impureza— se escape del discurso relativista de la asimilación cultural. Las “traducciones imperfectas” que se dan entre contextos distintos y distantes, batallan contra la tendencia a integrar pasivamente las diferencias al mercado de la diversidad cultural, como si se tratase de “diferencias diferenciadas”, es decir, de diferencias habladas por las definiciones metropolitanas que las preceden y condicionan. Las maniobras tácticas del “Sur” resaltan la potencia enunciativa y performativa de las “diferencias diferenciadoras” que desafían el sistema de clasificación de las propiedades y atributos de lo que ha sido nombrado autoritariamente por el centro como identidad o como diferencia.⁴ “Sur” es la fuerza de extrañamiento que somete a prueba de inteligibilidad la conversión bien ordenada de las identidades y las diferencias reconocidas. Al agudizar los conflictos de traducción entre el repertorio metropolitano de la otredad cultural y las subidentidades locales, al discrepar de lo ya convenido en materia de representacionalidad latinoamericana, se muestra rebelde a toda identificación simple con su región o identidad de origen.

Localizaciones intermedias: lo periférico-intersticial

Sabemos que las nuevas formas globales de soberanía capitalista dibujan una cartografía del poder económico-cultural en la que éste ya no se agencia desde un foco central, sino a través de una red multicentrada. Las segmentaciones dispersas de flujos transversales de esta red multicentrada impiden que “centro” y “periferia” sigan siendo consideradas como localizaciones fijas y polaridades contrarias, rígidamente enfrentadas entre sí por antagonismos lineales. Se ha de-simplificado la macro-oposición centro/periferia que guiaba emblemáticamente la tradición identitaria del “ser latinoamericano”, en su versión anticolonialista y antiimperialista. Pero, la dominante capitalista, sigue generando asimetrías de poder que reparten, desigualitariamente, las claves de acceso y participación de lo local en las redes globales de acumulación y transacción del valor semiótico-cultural de lo que circula y se intercambia. Estas asimetrías y desigualdades crean focos de resistencia local a la saturación uniforme de lo global y a la condensación homogénea del sentido que persigue la axiomática dominante. Lo periférico-latinoamericano es hoy una localización intermedia cuyas zonas, disparejas, no ofrecen todas por igual la misma disposición de signos a dejarse irradiar por la primacía del centro.⁵ Los juegos de dependencia y contradependencia de lo “intermedio” formulan una conceptualidad híbrida que impide que lo periférico-latinoamericano se deje naturalizar como una diferencia originaria. “Sur” es la línea de ambigüedad que lleva lo latinoamericano a no renunciar a contrastar sus diferencias sub-locales con el dispositivo metropolitano de equivalencias generales que aplanan el *collage* de la interculturalidad y la multiculturalidad pero que, a la vez, desconfía de que se romantice la otredad de estas diferencias regionales, por medio del exotismo o la folclorización de lo primitivo.

A. Appadurai dice que “entiende lo local como algo relacional y contextual, en vez de algo espacial o una mera cuestión de escala”.⁶ Si lo local es relacionalidad y contextualidad, es decir, si lo local es *delimitación* y, a la vez, puesta en tensión de los *límites*, tiene más que ver con los desplazamientos inciertos entre la centralidad y sus bordes que con una ocupación literal del territorio. Las tensiones entre lo global y lo local —como términos inestables que no pueden reducirse a la fijeza de una oposición binaria— se expresan a través de simultaneizaciones y desfases, de interacciones y saltos, de mezclas y desconexiones. Lo local designa la tensión irresuelta de un entre-lugar fluctuante que, al surgir de las discontinuidades

y variaciones de lo global, nunca logra autoafirmarse naturalmente como una territorialidad satisfecha.

La intersticialidad de lo latinoamericano usa la oblicuidad táctica del repliegue y del despliegue para llevar lo concreto-singular y lo material-específico de cada contexto traspasado de historicidad cultural, a accidentar los relatos lisos de lo universal (lo abstracto-general del fundamento del valor) y lo global (lo interconectado de las redes de traspaso y conversión del signo-mercancía) con los fraccionamientos y las roturas de las cadenas de signos locales. Lo periférico-intersticial de lo latinoamericano es el modo que ocupa lo local (“Sur”) para realizar disyunciones de contextos que agudicen las contradicciones internas de la globalización entre homogeneidad y heterogeneidad, entre nivelamiento y reestratificaciones, entre velocidad de circulación y huella de inscripción, entre desmaterialización histórica y agencias corpóreas, entre máquinas de abstracción y singularizaciones intensivas, entre vaciamiento del sentido e incapturabilidad de los restos.

Referencialidad de contexto y políticas identitarias

En el actual paisaje de la globalización y del multiculturalismo, el eslogan de la “diversidad” —agenciado por la institucionalidad cultural metropolitana— llama a marginalidades, subalternidades y periferias a recurrir al arte para denunciar condiciones de miseria y opresión sociales, reconfigurar identidades y comunidades, visibilizar memorias históricamente sepultadas, disputar hegemonías de representación sexual o bien realizar intervenciones públicas ligadas a demandas ciudadanas. El multiculturalismo ha orientado un creciente proceso de sociologización y antropologización del arte que, en el caso latinoamericano, espera que sus prácticas testimonien un compromiso directo del arte contra las violencias históricas y las exclusiones culturales a través de una mayor *referencialidad de contexto*.

Es cierto que las marginalidades y las subalternidades han tenido el mérito, a través de la crítica feminista y la teoría poscolonial, de revelar las arbitrariedades, las censuras y las exclusiones que impuso el canon modernista de la cultura occidental-dominante y su idealismo estético basado en el dogma de la autosuficiencia de la forma. Desocultar los silenciamientos y las tachaduras de la diferencia ejercidos por ese modernismo occidental dominante, forzó las instituciones del arte internacional a abrir sus fronteras a relatos no-canónicos, a narrativas de la otredad, que el

imperialismo del valor absoluto —ejercido por el centro— había querido censurar o discriminar. Para los márgenes y las periferias culturales fue vital reivindicar el contexto y los contextos, pararon la intención de combatir el universalismo del valor abstracto. “Contexto” quiere decir aquí localidad de producción, sitio enunciativo, coyuntura de debate, particularidad histórico-social de una trama de intereses y luchas culturales que especifican el valor situacional y posicional de cada realización discursiva en oposición a la síntesis homogeneizante de la “función-centro”⁷ que tiende a borrar lo singular y distintivo.

Pero algunas prácticas artísticas y culturales latinoamericanas insisten, naturalistamente, en transcribir sus identificaciones de sujeto y contexto al régimen —estandarizado— de las políticas de identidad y representación de las instituciones internacionales que promueven la diversidad cultural. Son prácticas que documentan —en vivo y en directo— la carga testimonial de las acciones combativas de la periferia, para que, finalmente, el centro extraiga de ellas la energía que necesita para volver a intensificar una historicidad del sentido que es la que fracasa en estos tiempos hipercapitalistas, centrados en la desmaterialización de la experiencia y la inmaterialización de la imagen. El contenidismo de estas políticas de la identidad y la representación parece otorgarle a lo subalterno (reparatoriamente) el privilegio —moral— de ser depositario de una “verdad” de la miseria, la violencia y la opresión. Es decir, una verdad superior basada en una identificación realista con un contexto retratado en su máxima denotatividad que, como tal, eximiría a la periferia de la reflexión sobre las mediaciones discursivas, la cuales traman la relación entre imagen y mirada; vivencia y narración; realidad y significación; formación cultural e interrelacionalidad de espacios y tiempos. A partir del supuesto naturalizado de una continuidad auténtica entre *lugar, cuerpo y habla*, el multiculturalismo ha reducido la cuestión de la identidad y de la diferencia a la simple afirmatividad de una condición predeterminada (ser latino, ser chicano, ser afro, etc.). Que debe ser funcional a los avances de la lucha cultural contra la discriminación de género y raza en el centro de las instituciones metropolitanas. El lenguaje clasificatorio de las marginalidades tipificadas se basa en una falsa correspondencia lineal entre “ser”, “hablar como” y “hablar desde”, que llevan sujetos y contextos al lenguaje reivindicativo y militante de una representación de identidad ya montada, unívocamente designable y asignable. Las políticas identitarias del multiculturalismo, para facilitar el “reconocimiento de un sujeto que

implica la representación de la diferencia pero no cuestiona las condiciones de representabilidad en las que esa diferencia se configura como tal”,⁸ han debido censurar el diferir interno de las paradojas, además de las ambivalencias que mantienen en estado de incompletud, de suspensión y oscilación. Son procesos de identificación cultural que no se alinean según un guión de enrolamiento basado en denominaciones fijas.⁹

El concepto-metáfora “Sur” debería exacerbar el plural heterogéneo de los márgenes de des-identificación cuyo zigzag fisura el interior de los bloques de consolidación identitaria. Sólo así, el otro y lo otro —siempre en vía de problematización de su propia formulación inestable en el juego mutante entre identidad, diferencia y alteridad— desorganizan críticamente los contenidos-de-identidad en los que el discurso metropolitano desea atrapar la subalternidad periférica.

El dentro/fuera de las instituciones

Al igual que cualquier otro territorio social o político, las instituciones culturales (por ejemplo, las metropolitanas) son campos atravesados por una multiplicidad de fuerzas variadas y variables. Desordenan y reordenan los diagramas de poder en función de la emergencia de lo nuevo y lo cambiado. Incluso las instituciones del centro son escenarios móviles donde siempre es posible experimentar una performatividad crítica que puede activar las luchas entre lo constituido y lo constituyente, lo sedimentado y lo reactivo, lo legitimado y lo no-unánime. O entre las representaciones-de-identidad y de las desalineaciones-de-habla. En particular, los confines de las instituciones, sus bordes, designan la zona estratégica en la que actúan los sistemas de inclusión y exclusión culturales. Es ahí, en los bordes o confines de lo institucional, donde la crítica puede exacerbar la tensión entre apertura y cierre, entre totalidad e interrupción, entre centralización y dispersión. Es precisamente en torno a los límites de las instituciones que recitan el libreto de la diversidad cultural donde se libran los “conflictos de aceptabilidad”¹⁰ entre el discurso metropolitano que fabrica los estereotipos de lo otro y lo no-registrado de subjetividades alternativas a las identificaciones consignadas.

El teórico Paul Bové nos dice que para captar algo de la fuerza de un acto “crítico de oposición”, se debe ver éste, antes que nada, como un *acto y en acción*,¹¹ es decir, implicado en el juego institucional cuyas reglas se propone afectar. Esto supone que la crítica de las instituciones metropolitanas tiene siempre que ver con un juego de fluctuaciones discursivas

dentro del marco de inclusión de lo otro, trazado en nombre de la diversidad cultural y lo heterogéneo (lo disímil, lo antagonista, etc.), y no le basta con ser incorporado a ese marco sino que pugna por desestabilizar los confines de las definiciones y pertenencias.

Las cadenas de valor y de poder internacionales que reproducen lo metropolitano no poseen la sistematicidad absoluta de un todo uniforme. Son constelaciones dinámicas de fuerzas en conflicto que reinterpretan permanentemente la tensión entre incorporación y desincorporación. A medida que los contornos institucionales van urdiendo nuevas maniobras de asimilación de lo disímil, la crítica periférica (“Sur”) debe imaginar los cambios de dirección que reorientarán su discurso de oposición, a medida que se corren los límites que buscan retener lo fugado y controlar internamente lo sobrante. En todo caso, no hay nada enteramente predeterminado ni nada completamente a salvo. Las instituciones metropolitanas, que han aprendido a responder a la presión de lo limítrofe y lo excéntrico, diseñan estrategias siempre nuevas de redelimitación de sus fronteras de integración de lo diverso. Tampoco las redes periféricas, por el sólo hecho de ser marginales o subalternas a los poderes constituidos, articulan necesariamente significados contra-hegemónicos. La territorialidad del estar “fuera”, “dentro” o “entre” las instituciones, sólo se convierte en micro-política cuando somete sus enunciados locales al desmontaje de sus propias gramáticas de producción, bajo la sospecha de que cualquier nueva vecindad puede generar nuevas redes de afiliación o desafiliación de intereses —que van a modificar la relación entre lo consensual y lo divergente, lo mayoritario y lo minoritario.

“Sur” es el vector de desestabilización de lo latinoamericano, hace que los “márgenes” y las “instituciones” cambien incesantemente de posición en los mapas de la convertibilidad del valor y del poder culturales. La crítica periférica deviene crítica de oposición, acto y situación, experimenta con lo inseguro y fluctuante de los trazados de lugar e identidad.

¹ Para Appadurai, “una diferencia situada” es “una diferencia en relación con algo local, que tomó cuerpo en un lugar determinado donde adquirió ciertos significados” (las cursivas son mías). Arjun Appadurai, *La modernidad desbordada*, Trilce/Fondo de Cultura Económica, Montevideo/México, 2001. p. 28.

² Así lo elabora el autor en: Néstor García Canclini, *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1989.

³ James Clifford en “The Global Issue: a Symposium”, *Art in America*, julio 1989. p. 87.

⁴ Remito a: Homi Bhabha, “El entre-medio de la cultura” en *Cuestiones de identidad cultural*, Compiladores: Stuart Hall y Paul du Gay, Madrid, Amorrortu, 2003: “Las estrategias de hibridación revelan un movimiento de extrañamiento en la inscripción “autorizada” y hasta autoritaria del signo cultural (...) Que hace posible el surgimiento de una agencia “intersticial” que rechaza la representación binaria del antagonismo social” a través de una negociación “que no es ni asimilación ni colaboración”. p. 103.

⁵ Ver, en especial, el capítulo “Localización intermedia y regionalismo crítico” en: Alberto Moreiras, *Tercer espacio: literatura y duelo en América Latina*, ARCIS/Lom, Santiago, 1999.

⁶ Arjun Appadurai, *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, Montevideo, Trilce / Fondo de Cultura Económica, 2001. p. 187.

⁷ Decimos “función-centro” (Derrida) en lugar de “centro”, para evitar toda sobre-determinación topográfica. Sin ocupar un lugar fijo, siendo incluso un “no-lugar” (debido a cómo la globalización mediática lleva flujos y acontecimientos a descontextualizarse incesantemente), la “función-centro” representa simbólicamente aquella instancia que condensa el poder de organizar “un número infinito de sustituciones de signos” y de “ponerle límite al juego de la estructura” de acuerdo a reglas de autoridad prefijadas. (Jacques Derrida, *L'écriture et la différence*, Paris, Editions du Seuil, 1967. p. 408).

⁸ Leticia Inés Sabsay, “Deseo y discurso en el sujeto (feminista) de la performatividad” en *Pretérito imperfecto. Lecturas críticas del acontecer*. Compiladoras: Leonor Arfuch, Gisela Catanzaro, Buenos Aires, Prometeo, 2008. p. 193.

⁹ Dice J. Rancière: “La vida de la subjetivación política depende de la diferencia entre la voz y el cuerpo, del intervalo entre identidades... El lugar de un sujeto político es un intervalo o brecha: es estar juntos en la medida que estamos en-tremedio, esto es, entre nombres, identidades, culturas, etc.”. Jacques Rancière, “Política, identificación y subjetivación” en *El reverso de la diferencia*, editor: Benjamín Arditi, Caracas, Nueva Sociedad, 200. p. 101.

¹⁰ Omar Calábrese, *La era neobarroca*, Madrid, Cátedra, 1989.

¹¹ Paul Bové, *En la estela de la teoría*, Valencia, Cátedra, 1992. p. 84.